

en la vejez regalo alguno si no era por la obediencia; trataba su cuerpo con mucha aspereza y rigor, y esto con tanto secreto, que casi nadie lo sentía. Halláronse después que murió dos jubones forrados con piezas de rallo para tener que remudar. Sobre esto, se añadían sus dolores ordinarios de gota, orina y riñones, llevándolos con tan grande serenidad y fortaleza, que no desplegaba sus labios para quejarse. Y estando en lo último de la vida, haciendo tiernos coloquios con Cristo Nuestro Señor y sobreviniéndole un dolor agudísimo, le obligó á dar un suspiro, y corrigiéndose dijo: «¡Ah! traidor, ¿de qué te quejas, que ardiendo en el infierno habías de estar?» Y cumplió toda su vida el consejo evangélico de arrojar de sí el cuidado temporal del sustento y vestido en las manos del Padre celestial, por medio de los Superiores, á ejemplo de las aves y los lirios, y así, ni en casa ni por los caminos cuidaba de comodidad propia, ni la llevaba si el Superior no le prevenía, contentándose siempre con poco; en el vestido buscaba lo peor, en el aposento y en todo lo demás, cercenando cuanto era posible lo superfluo. Porque él había reducido como María, todos los cuidados á uno, cuidando de sólo Dios y de sus Hermanos por el mismo Dios; amábalos tiernamente y á todos los quisiera meter en sus entrañas, y cuando tenía ocasión de ejercitar la caridad con alguno, parecía que estaba en su centro y que no cabía en sí de consuelo, y con estar muy exacto y apurado de dolores en la vejez; él por su misma mano lavaba los vestidos y los remendaba, con más gusto que si fuera madre de cada uno. A los que llegaban á pedirle alguna cosa á la ropería, recibía con sumo agrado y daba gusto en cuanto podía, de manera que salían edificados de su gran caridad. Esta resplandecía más cuando cuidaba de los enfermos, acudiendo á su regalo y desvelándose por su alivio, disponiéndoles los alimentos con tal gracia, que despertaba el apetito más postrado, haciendo en orden á esto muchos jarabes, purgas y medicinas que le enseñaba más que los libros, el tierno afecto de sus Hermanos, concurriendo el Señor de suerte, que parecía haberle comunicado el don de sanidad. Fué, finalmente, este siervo del Señor, consumado en todas las virtudes que forman un perfecto religioso, tan apartado de todas las cosas de la tierra, que por ninguna de ellas perdía la paz interior, ni en lo de fuera daba muestra alguna de turbación. A todos era un modelo de perfección y un retrato de todas las virtudes, y espejo en que todos se miraban. Era dicho común entre los de casa: voy á ver al Hermano Urrutia, que con sólo mirarle y considerar sus virtudes, me parece que salgo aprovechado como si hubiera estado en oración. Tan grande era el concepto que hacían de su santidad.

Llegó, pues, el tiempo en que había dispuesto la divina Providencia llevar á mejor vida á nuestro bendito Hermano y darle el premio de sus religiosos y ejemplares trabajos. Apoderóse desde antes de su muerte una calentura que le tuvo en la cama, acrecentándole sus antiguos dolores y sobreviniéndole otros que le dieron en qué merecer y perfeccionaron la corona de su grande paciencia y sufrimiento, reduciéndole á tal estado, que con mucha dificultad pasaba una cucharada de pisto, pero esto no era parte para dejar de tomar lo que el médico y la obediencia ordenaba, y con estar todo cogido en dolores, no se le oyó en este tiempo una mínima impaciencia ó menos conformidad con la voluntad de Dios. Díjole un Padre de casa: «Hermano

Juan, bien sería se mudase de este aposento que se está cayendo, á otro del cuarto nuevo, donde estará con más comodidad;» y él respondió: «bien estoy aquí, Padre,» y tornándole á hacer instancia, dijo: «si es orden de la obediencia, aquí estoy, vamos; pero si es por gusto mío, ninguno lo será mayor que morir aquí en mi oficio, porque aunque con trabajo, doy desde la cama recaudo al sastre y á los de casa.» Cuando oyó que el médico le deshanciaba, se alegró; y llegando á despedirse de él todos los de casa, los fué abrazando con gran ternura y devoción, y cuando llegó á los Hermanos, mientras tenía abrazado á cada uno, le decía: «Hermano Fulano, lo que le encomiendo en esta hora, es que con mucho cuidado haga siempre su oficio, y que no se pierda por mi Hermano la caridad.» Acabado este acto tierno, pidió un crucifijo, besó sus sagrados pies, manos y costado, y teniéndole en una mano y con la otra hiriendo su pecho, sus ojos hechos fuentes de lágrimas, comenzó á entonar el Miserere, y verso por verso fué prosiguiendo todo el Salmo, con tal pronunciación y acentuación, como si hubiera estudiado, cosa que todos notaron por no haberle oído los que le conocían otra palabra en latín, prosiguió en dulces coloquios y repitió: «*Adoremus te Christe, etc.*» Y habiendo recibido todos los Sacramentos con singular devoción, y teniendo siempre en la boca los dulcísimos nombres de Jesús y María, dió su bendita alma al Criador á las dos de la mañana, día de los santos mártires San Fabián y San Sebastián, año de 1610, á los 66 de su edad y 36 de Compañía. Fué muy sentida de los de casa y de los de fuera su muerte, y entre todos mostró la devoción que le tenía el Padre Fray Juan de la Peña, Provincial que acababa de ser en San Francisco en su Provincia de Guadalajara, el cual celebró el oficio y Misa de cuerpo presente, beneficiándola la capilla de San Francisco á canto de órgano, con extraordinario concurso de toda la ciudad.

CAPITULO XXV.

MOTIVO Y PRINCIPIO DE LA CASA DE RESIDENCIA
QUE ASENTÓ LA COMPAÑÍA EN LA CIUDAD DE ZACATECAS;
VÉNCESE UNA GRANDE CONTRADICCIÓN
Y DESCRÍBESE ESTA CIUDAD. AÑO DE 1589.

Después de la fundación de nuestro Colegio de Guadalajara, de que acabamos de escribir, el que se le sigue en tiempo es el de la ciudad y real de minas de Zacatecas; y para que mejor se entienda el lugar y puesto de esta fundación, conforme á lo que tengo propuesto en esta historia, debo brevemente decir el sitio que en el Reino de la Nueva España tiene la ciudad de Zacatecas, y la ocasión con que los españoles la fundaron en este Nuevo Mundo. Y lo primero, digo que respecto de la imperial ciudad de México dista de ella, á la banda del Norte, espacio de ochenta leguas la tierra dentro, y en medio de los latísimos campos que ocupaba (sin casa de asiento ni hogar) la más fiera

nación que en Nueva España se descubrió; ésta era la de los nombrados chichimecas, á los cuales aun el grande emperador Moctezuma no pudo sujetar, y los españoles tuvieron con ellos grandes refriegas, en orden á tener paso franco al descubrimiento de ricas minas de plata de que tenían noticias haber por aquella tierra. Y á la verdad, entre todas cuantas en la Nueva España se han descubierto, las que han sido más constantes y excedido en prosperidad hasta hoy y grandeza de ricos metales, han sido las de Zacatecas. Con esta ocasión los españoles comenzaron á poblar con sus casas é ingenios de sacar plata en este lugar, que aunque áspero y peñascoso (como de ordinario lo suelen ser donde se hallan las más ricas minas); pero creciendo el número de población se vino á fundar una ciudad de las mayores que en la Nueva España han fundado los españoles. Porque aunque el sitio era fragoso, pero descubriéndose en él cada día nuevas vetas de ricos metales de plata (que es la que llama y convida á la gente á poblar), fué tanta la que aquí concurrió de españoles á tratar y contratar, y de indios y negros á la labor de las minas, y creció tanto esta población, que no sólo alcanzó el título de real de minas, como lo tienen las demás poblaciones hasta que se acaban sus metales, sino que la ennobleció el Rey con título de ciudad, por ser muy constantes y perpetuas las que en ella hay. En cuya república ha habido y hay familias muy nobles é ilustres, y caballeros de hábitos, que con sus riquezas han servido á S. M. y con su sangre ennoblecieron la ciudad de Zacatecas. Viniendo, pues, á tratar del Colegio que en esta muy noble ciudad tiene la Compañía de Jesús, digo que tuvo su principio de una misión á que fueron enviados el año de 1589 dos Padres nuestros, llamados Pedro de Mercado y Martín de Salamanca, por el Padre Maestro Pedro Díaz, Rector que entonces era de Guadalajara, y después fué Provincial (de quien atrás dejamos hecha honorífica mención), porque en esta ciudad, que era en grandeza de las mejores del Reino y de donde ha salido la inmensidad de plata que de él se ha llevado á Europa, ejercitasen los ministerios de nuestra Compañía. Trabajaron en esta empresa los dos celosos varones, y con tal fervor y con tan ardiente celo en el púlpito y confesonario, con españoles y con indios y la demás gente que concurre á este real, y con tanta edificación de todos, que, aficionados, comenzaron á tratar de que hiciese allí asiento la Compañía de Jesús, lo cual, aunque otros años (como dijimos en el libro primero de esta historia con ocasión de semejantes misiones) se había representado á los Superiores, no se había podido conseguir. Por lo cual, para facilitar el cumplimiento de su deseo, determinaron los ciudadanos edificar una casita acomodada para que cuando de allí adelante viniesen los Padres á la ciudad en misión, tuviesen morada, haciéndonos juntamente entrega de un sitio y solar junto á una ermita de San Sebastián y añadiendo algún socorro de dinero para que se pudiese acomodar la casa. Pero no obstante estas diligencias, se quedó por concluir el negocio por algún tiempo, hasta que habiendo venido el P. Diego de Avellaneda por Visitador de esta Provincia el año de 1590, é informado de la devoción y afición que tenían los vecinos de la ciudad de Zacatecas á la Compañía y el fruto que podía esperar no sólo de los españoles y sus hijos, por ser gente noble y de buenos ingenios, sino también de los indios que trataban de la labranza de aquellas

minas, y no ser los que menos necesitan de doctrina y del riego de la palabra divina; se determinó que admitiésemos la habitación que habían ya ofrecidos para fundación del Colegio, cuando Nuestro Señor así lo dispusiese. Envió el mismo Padre Visitador el año siguiente al P. Juan Bautista de la Cajina, cuyo talento en el púlpito resonó por toda la Nueva España, por ser de los más raros y aplaudidos que en este Nuevo Mundo han florecido en el ministerio de la predicación, y por su compañero el P. Agustín Cano (de cuya erudición y virtudes queda bastante dicho en la relación que hicimos de su vida). Estos dos insignes sujetos, con su autoridad, letras y prudencia, ganaron la gente de más calidad y acabaron de disponer, aunque pobremente, la casa que se había ofrecido, y negociaron que se nos diese la ermita de San Sebastián para que, acomodándola (como se hizo), sirviese de Iglesia para nuestros ministerios. Comenzó luego á frecuentar con extraordinarios concursos; pero también el demonio, como suele, á inquietarse y á mover persecuciones y á imponer calumnias á la Compañía, por ver el infernal enemigo que esta sagrada Religión trataba de levantar un fuerte y ponía soldados en aquella ciudad para hacer guerra contra el infierno. Pero dispuso Nuestro Señor que en este tiempo saliésemos bien de este trabajo, por estar de nuestra parte lo más noble y granado de los vecinos de la ciudad, la cual nos pidió enseñásemos á sus hijos latinidad y que se ennobleciese con los ejercicios literarios su república. Condescendiendo, pues, á su petición, se señaló sujeto que se emplease en este ministerio, y después, en agradecimiento del amor y limosnas con que nos sustentaban y de las buenas obras que continuamente recibíamos de los vecinos, y en especial de los Oficiales del Rey que aquí residen, se puso otro Hermano que atendiese á la buena educación y crianza de los niños, enseñándoles á leer y escribir, la Doctrina Cristiana y santas costumbres, de que se han logrado hasta el tiempo presente no pocos frutos de mucha gloria de Nuestro Señor y bien de las almas.

Vivieron algún tiempo en esta casa los de la Compañía, pero muy desacomodados por el mal sitio en que se había edificado, que era un cerro y cuesta de que hay muchas en esta ciudad, á que con dificultad y trabajo podían acudir los vecinos al beneficio de nuestros ministerios; y así, con parecer y mandato del Padre Provincial, á que se juntaba el deseo de la gente devota de la ciudad, se compró otro sitio más acomodado aunque no muy distante al Convento é Iglesia de otros religiosos, cuyos ánimos en esta ocasión procuró el demonio, como sembrador de zizaña, turbar, y por un medio, al parecer honesto, levantar en el pueblo extraño alboroto y encender y atizar un fuego contra la Compañía, como enemigo de la paz. Alegaban los dichos religiosos que nuestra Iglesia estaba dentro de sus cannas, que es cierta medida concedida á las órdenes mendicantes, para que dentro de aquel espacio no se pueda edificar otra Iglesia ó monasterio, porque los unos religiosos no estorben á los otros; y que así, era contra los privilegios concedidos por los Sumos Pontífices á su religión. Pero averiguando esto y hallando que sus privilegios no impedían á los que la Compañía tenía concedidos la Sede Apostólica, y viendo que por justicia no podían estorbar en aquel puesto nuestro asiento é Iglesia, lo pretendieron hacer por fuerza, no faltando quien de su parte los ayudase y al tiempo de estar ya en el altar un Padre Sacerdote de los

nuestros para celebrar. Reportáronse los nuestros en esta ocasión, por excusar el grave escándalo que podía suceder, armándose de una invencible paciencia y sufrimiento, cuando de lo contrario se podía seguir una grave inquietud; pero ésta, finalmente, se sosegó por medio de los Padres Provinciales de entrambas religiones, que compusieron esta causa con su mucha prudencia y religión. Y quiso Dios Nuestro Señor que lo que de esta persecución, que fué grave, resultó, fué de no pequeña honra á la Compañía, la cual, con las heladas de persecuciones, suele echar más hondas raíces y dar más sazonados frutos; y así se cogieron adelante en este puesto, donde finalmente perseveró esta casa sustentándose algunos años de limosnas de los fieles, hasta que Nuestro Señor fué servido de darle fundador y renta para el sustento con que quedase Colegio formado, lo cual dispuso su divina bondad de la manera que en el capítulo siguiente se dirá.

CAPITULO XXVI.

FÚNDASE EN COLEGIO LA CASA QUE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
TENÍA EN ZACATECAS, Y ESCRÍBESE
LA LIBERALIDAD DE SUS FUNDADORES. AÑO DE 1617.

Uno de los caballeros más principales que nacieron de los primeros pobladores de la ciudad de Zacatecas, y que la ennobleció con su familia y presencia, fué el muy nombrado en toda la Provincia de Nueva Vizcaya y Reino de la Nueva España, el Maestre de Campo D. Vicente de Zaldívar y Mendoza, Caballero del hábito de Santiago, que habiendo entrado en persona y á su costa en compañía del Adelantado D. Juan de Oñate á la conquista del Nuevo México, y habiendo dado vuelta á España, se le dió el título de Maestre de Campo, al cual fué Nuestro Señor servido de darle gran prosperidad de ricas minas de plata y buena suerte, que si Dios no la da no bastan diligencias humanas para alcanzarla.

Este caballero (de cuya grandeza, magnanimidad de ánimo y devoción á nuestra Compañía podíamos decir mucho) casó primera vez con una señora igual en nobleza y sangre, llamada Doña Ana de Zaldívar, no menos devota de nuestra Compañía que su marido, señora de gran virtud y ejemplo, á la cual fué Nuestro Señor servido de llevar al cielo, como podemos creer de su grande piedad, en sus juveniles años. Y cuando á la hora de su muerte hubo de hacer testamento, quiso emplear parte de su muy rico dote en una obra tan piadosa y provechosa al bien común de la república, como fué fundar y dotar nuestro Colegio de Zacatecas, como en efecto se hizo, el año de 1617; entrando en esta fundación su marido el Maestre de Campo, ayudando de su parte á lo que fué menester para la fábrica de un muy suntuoso y magnífico templo de este Colegio, en que se gastaron como ochenta mil pesos, con su muy hermosa torre y otras ricas alhajas de Iglesia, y entre ellas una lámpara de plata que pesa dos arrobas, sin

el valor de la manufactura, que también es preciosa, á que añadió este muy ilustre y piadoso caballero la cantidad de nueve mil pesos, ó reales de ocho para un hermosísimo retablo de pincel y fábrica dorada muy prima, que con grande solemnidad se colocó en el altar mayor y se dedicó, juntamente con el templo, que es de lo más hermoso y frecuentado de la muy noble ciudad de Zacatecas. Y pues se nos ha ofrecido ocasión para hablar de persona tan calificada y tan insigne benefactor de la Compañía como fué el Maestre de Campo Vicente de Zaldívar, no debe parecer mal que, mostrándonos aquí agradecidos, escribamos las calidades ilustres y ejemplos de virtudes cristianas, liberalidad y magnanimidad de ánimo que resplandecieron en este caballero. Fué padre de pobres, y su casa era refugio de muchos necesitados. Fueron muchas las huérfanas á quienes ayudó con dote para que tomasen estado. Y será confirmación de esta liberalidad cristiana el caso que aquí contaremos: Vino de España á las Indias un hombre pobre, que llevado de la noticia y fama fué á Zacatecas en busca del Maestre de Campo, el cual lo recogió en su casa. Sucedió, pues, que un día le trajeron algún número de barras de plata de las que se sacaban de sus minas, y viéndolas el pobre huésped prorrumpió en un gran suspiro; preguntóle el Maestre de Campo que por qué suspiraba, á que respondió el pobre: «Señor, porque me he acordado de la pobreza de mi casa en España, y que si tuviera yo la mitad de una barra de estas, me partiera luego á mi tierra con ella.» «¿Decís eso con toda verdad?» replicó el Maestre de Campo, y respondió el pobre: «Sí, señor.» «Pues júralo.» Juró el pobre hombre, y el liberal y piadoso caballero le dijo: «Tomad una barra entera (tiene de valor mil pesos, ó reales de á ocho) y partíos luego, que yo daré para el viaje,» añadiéndole un juramento á Dios. Porque como era hombre de gran resolución en sus acciones, dijo que si no se embarcaba para España en la flota que estaba en el puerto, había de hacer demostración de su sentimiento. Y no contento con esto, escribió al castellano de la fuerza del puerto para que ayudase al avío de este pobre hombre, para que en todo caso se volviese á su tierra. En otras obras pías mostraba su grandeza de ánimo este caballero. Las cuaresmas mandaba matar en su casa cantidad de carneros para socorrer pobres enfermos. En el bautismo de un alijado suyo ofreció una barra de plata, valor de mil pesos, por ofrenda. Los días que duró la dedicación de su templo de nuestro Colegio de Zacatecas, que fué solemnísima, hizo todo el gasto de la fiesta con grande magnificencia. En acabando de colocar en el altar mayor el retablo que había labrado un artífice muy primo del reino, y quedando muy agrado de él, se quitó una cadena de oro que traía al cuello nuestro Maestre de Campo y se la echó al maestro del retablo, pagándole de más de eso largamente su obra y trabajo. Entendiendo que en nuestra sacristía no teníamos ornamento rico para nuestras fiestas y que necesitábamos de pedirlo prestado de otras Iglesias, al punto envió á la tienda de un mercader que le trajesen una pieza de muy rico bordado de oro para que se cortase un ornamento que se acabó, bordado, para nuestra Iglesia. En ella estaba colgada delante del Santísimo Sacramento la lámpara que dijimos pesaba ciento cincuenta marcos de plata, y el Padre Rector, recelando alguna desgracia de hurto de los que algunas veces suceden en reales de minas, la hacía descolgar de noche, poniendo la luz en otro candelero, porque no faltase delante

del Santísimo Sacramento. Súpolo el Maestro de Campo, y díjole al Padre Rector que se quedase la lámpara encendida en la Iglesia, que si la hurtasen él prometía otra mayor y más preciosa. Y finalmente, fué este caballero juntamente de tan grande y piadoso ánimo, que siendo señor de una mina tan rica que cada día sacaba de ella más de mil pesos de plata, sucedió derrunbarse otra mina y quedar debajo de un cerro de tierra como cuarenta personas que en ella trabajaban; al punto hizo convocar á cuantos en otras minas trabajaban, con la grande liberalidad y autoridad que tenía en aquella república, y asistiendo él en persona de noche y de día, al cabo de los tres descubrió y sacó libres á los enterrados, aclamándole todos por libertador suyo y por su padre. Pudiéramos añadir aquí otras grandes obras de este caballero magnánimo y piadoso, en cuya muerte los clamores y lágrimas de pobres eran muy grandes, porque perdían padre en haber perdido al Maestro de Campo. Y bien debemos entender que tantas y tan grandes acciones de insigne piedad le abrían las puertas del cielo, y muy en particular la obra y fundación de nuestro Colegio de Zacatecas y la fábrica de un tan suntuoso templo donde Dios es glorificado. En él está enterrado nuestro fundador, en un arco que él mandó labrar en vida al lado del Evangelio del altar mayor, con su busto y figura de piedra arrodillada hacia el tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde como su mujer, nuestra fundadora, descansan sus cenizas hasta el día de la resurrección, en que con universal solemnidad se han de celebrar las obras de piedad y limosnas.

CAPITULO XXVII.

DEL FRUTO QUE Á LOS PRINCIPIOS, CON EL EJERCICIO DE SUS MINISTERIOS,

HICIERON LOS DE LA COMPAÑÍA EN LA CIUDAD DE ZACATECAS.

Aunque en sus principios se hallaba esta ciudad y su comarca muy rica, con la abundancia de plata que de sus venas y vetas daban las ricas minas que se beneficiaban y hasta hoy se benefician en este puesto, pero no era tan rica en estos principios de otros bienes espirituales, que son los del alma, en cuya comparación el oro más precioso no es más que tierra, y la plata más fina es una vana apariencia. Siendo estos bienes de la tierra de tan baja ley, que con ellos no se aumenta la virtud, antes se suelen fomentar los vicios, trayendo de ordinario olvido de los bienes eternos. Reconocieron esta miserable condición humana los de la Compañía cuando entraron en la ciudad de Zacatecas, donde casi toda la gente vivía tan entregada á la codicia insaciable de la plata, que no paraban ni sosegaban un punto los ánimos, ni trataban más que de sus intereses, ocupando todo su pensamiento en el beneficio y adelantamiento de sus ricas minas y en nuevos descubrimientos de otras. Y así cualquiera fruto que los nuestros hacían en el bien espiritual de las almas, lo estimaban por muy próspero y lo tenían por premio muy grande de sus trabajos y del ar-

diente celo con que en aquellos principios procuraban introducir la virtud y amor á los bienes eternos. Para que se lograsen y tuviesen buen efecto estos sus intentos, y se reformasen costumbres envejecidas, conciencias que se iban libremente tras de los antojos de su apetito, no perdonaban los celosos Ministros ningún género de trabajo; porque sus continuos ejercicios en este tiempo eran pláticas fervorosas, sermones y exhortaciones espirituales que hacían en público y en secreto, en la ciudad y fuera de ella, siendo su espíritu incansable y fuerte, y sus razones eficaces y penetrantes. Perseveraron tanto en llamar á las puertas de corazones olvidados de bienes del cielo, para que fueron criados, que al fin muchos se las abrieron, y en virtud del poder de la divina gracia se ablandaron los corazones de algunos pecadores muy obstinados, y recibieron los rayos de la luz de la doctrina evangélica que los nuestros les predicaban. Y como el P. Juan Bautista de la Cajina y el P. Agustín Cano eran de tan raro talento y su doctrina estaba tan aplaudida y acreditada por todo el reino, les oían ya con sumo gusto y arrebatában tras sí la gente; y Dios Nuestro Señor, que los había escogido para esta empresa y para quebrantar los ánimos duros y de metal de algunos que se resistían á los golpes de sus divinas inspiraciones, los animaba con su espíritu y armaba con la divina gracia, con lo cual rindieron muchas almas, que estaban cautivas del demonio, y las redujeron á la enmienda y mejora de sus vidas desbaratadas; y el Señor les traía á las manos el fruto de la semilla que sembraban, enviándoles muchos que, habiendo estado desavenidos por intereses de tierra, por medio de las santas exhortaciones que oían, ya se querían componer con sus enemigos, y pedían perdón á los agraviados: otros, dejando tratos ilícitos, que suelen ser peligrosos en estos lugares y puestos, restituían la hacienda mal ganada. Demás de esto atendían también los Padres en este tiempo en responder á casos difíciles y enmarañados. Y como los tratos de minas son tan particulares y tan gruesos, no era fácil dar solución á las muchas dudas y dificultades que se les ofrecían en estas materias, y por otra parte, como todos estaban tan satisfechos de la doctrina, prudencia y religión de los nuestros, querían con su resolución y parecer que sus conciencias quedasen seguras. Y estos eran los ministerios en que los Padres, así con los vecinos de la ciudad como con los transeúntes en ella, se ocupaban.

La juventud estaba casi perdida en aquellos principios, sin la disciplina que ha menester aquella edad que tan fácilmente se tuerce, y en la cual, si no se corrige, suelen brotar las malas inclinaciones de nuestros apetitos. Y así, uno de los mayores beneficios que la Compañía hizo en aquella ciudad, y continuamente hace, es enseñar á los niños los primeros rudimentos del *a, b, c*, y desde sus tiernos años, con la leche saludable de la doctrina y educación cristianas, con que han ido creciendo y aun aprovechado y lucido en todo género de letras, así en Religiosas familias á que muchos se han dedicado, como en otros puestos del reino y de aquel Obispado, en que han hecho ostentación de sus buenos talentos é ingenios; y ha sido de grande honor á Zacatecas no sólo dar ricos metales de plata á todo el mundo, sino producir excelentes habilidades que se han logrado con el riego y cultura que de su parte aquí ha puesto la Compañía.

Con el medio y ministerio que en esta ciudad se han entablado de

poner escuela de niños y de la latinidad juntamente, se comenzaron á introducir en los corazones de la juventud la piedad y virtud y otros ejercicios de devoción y frecuencia de Sacramentos, y les era de edificación á los de la ciudad ver á los niños de la escuela y á los que acudían al estudio, devotos, compuestos y ejemplares, y verlos salir con los nuestros cantando la doctrina por las calles, oír las pláticas que se hacen en las plazas, ejercicios todos por medio de los cuales se veía grande mudanza de costumbres en la república, de que será confirmación este caso y ejemplo singular, digno de que aquí quede escrito.

El señor Obispo de Guadalajara, Don Fray Domingo de Alcorta, de la sagrada Orden de Predicadores, visitando su Obispado y llegando á Zacatecas, que cae en su Diócesis, se edificó, movió y enterneció tanto de la mudanza que vió en la juventud de esta ciudad, y de su ejemplo y modestia, que un día que habían los estudiantes de comulgar, quiso celebrar Misa de Pontifical y darles por su misma mano la sagrada Comunión, alegrísimo de ver introducida esta santa frecuencia y aquella edad tan bien empleada y doctrinada. Y ya que he hecho mención de este gran Prelado, no dejaré de decir el grande amor que siempre mostró á los de la Compañía y las finezas con que la dejó obligada y con que la hizo más estimada en aquella tierra, obligando con esto á todos á que se aprovecharan de su doctrina. Iba á visitar á Zacatecas, y dejando las muchas nobles y ricas posadas que le prevenían y ofrecían para su servicio y regalo, no las admitía, queriéndose aposentar en nuestra pobre casa (que en aquel tiempo lo era mucho), estimando en más, como Su Ilustrísima decía, nuestra comunicación y trato, que todas las ricas preseas y regalos que le podían ofrecer á Su Señoría. Y sucedió que, adoleciendo allí de una grave enfermedad y siendo toda la ciudad de parecer que Su Ilustrísima se pasase á casa del Corregidor, donde se podía acudir á su cura con más aparejo, aunque entonces condescendió contra su voluntad á tantos ruegos, pero á pocos días se halló tan solo sin los nuestros, no obstante que le visitaban al día dos veces, que dió luego traza de volverse con ellos, sin podérselo estorbar, diciendo que en esta sólo casa moriría contento si hubiese de morir, y si vivir, que ahí sanaría y convalescería más presto; y al fin, en esto mostró Su Señoría gusto, que fué al parecer gran parte para recobrar la salud y pasar adelante en su visita, en la cual se quiso también ayudar y servir de la industria y consejo de nuestros Padres.

A estos ministerios dichos y medios santos de que usa la Compañía en orden á la reformation de costumbres en las repúblicas donde reside, se añadió en el Colegio de Zacatecas la erección de una devota Congregación de seglares, dedicada á la Santísima Virgen y á su festividad de la Espectación de su soberano Parto, en que entran de lo más lucido de los vecinos de la ciudad, los cuales los domingos del año por la tarde se emplean en venir á las pláticas espirituales que se les hacen. Asisten á la Salve, que después de ella se canta, en un altar que la misma Congregación tiene dedicado con un muy rico retablo, donde celebran con gran solemnidad las fiestas de la Reina de los Angeles. Y finalmente, los de esta ilustre y devota Congregación son los que más frecuentan los santos Sacramentos, en particular los primeros domingos del mes, que están dedicados al Jubileo que se ga-

na, estando descubierto el Santísimo Sacramento; ejercicios todos con que se conserva la devoción cristiana en una ciudad, que, por otra parte, toda ella está divertida en adquirir y sacar plata de las entrañas de la tierra, que son los frutos de sus campos. Y así, vienen á ser aquí de mayor estima los frutos espirituales que, como dijo el Hijo de Dios, en medio de las espinas de las riquezas se ahogan y aquí con su favor y gracia se granjean. Y no debo olvidar aquí la devoción que con nuestro Padre San Ignacio mostró un caballero de esta ciudad, de los que acudían á nuestra Congregación, vizcaino de nación, llamado Diego de Zaldívar, el cual, en correspondencia del altar de esta Congregación, y en servicio del santo, le edificó otro altar con su adorno y rico retablo, en que gastó doce mil pesos de plata, que son otros tantos reales de á ocho, obra con que movió la devoción de los fieles con el santo Patriarca, y de quien reciben muchos favores.

CAPITULO XXVIII.

DE OTROS FRUTOS QUE CON INDUSTRIA DE NUESTROS OPERARIOS
SE FUERON COGIENDO EN LA CIUDAD DE ZACATECAS,
Y REFIÉRENSE

ALGUNOS CASOS PARTICULARES SUCEDIDOS CON LOS INDIOS.

Aunque los ministerios de este Colegio y los medios que para ellos se han puesto son los ordinarios que en sus Colegios ejercita la Compañía en sermones, frecuencia de Sacramentos, reconciliación de enemistades, visita de cárceles, ayuda y consuelo de los enfermos, asistencia á sus cabeceras, con los demás ejercicios de caridad. Pero es muy digno de referir aquí, en particular, lo que Nuestro Señor se ha servido de los ministerios que los nuestros han ejercitado con los indios laboriosos que de todas naciones concurren á esta ciudad, los cuales con la necesidad que de su trabajo hay para la labranza de las minas, están más libertados y son menos dóciles y más insolentes y belicosos de cuantos hay en la Nueva España.

Estos habían entablado en Zacatecas un bárbaro regocijo y un entretenimiento tan fiero y ajeno de razón humana, que exponían, sin más causa que su loca temeridad, las vidas al tablero, sacrificándolas por holocausto de su fiereza, al demonio. Porque todas las fiestas del año, formando sus campos y armando sus escuadras, salían á batalla los unos con los otros, usando de honda, piedra, cuchillos y otras armas, y en un cerro vecino á la ciudad, como bestias fieras sólo tiraban á matarse, sin haber podido jamás estorbar esta fiereza la justicia, ni con ruegos ni con amenazas, porque se convertían á una contra ellos las piedras de todos, y ningún Ministro quería poner á tanto riesgo su vida. Esta tan pernicioso costumbre remedió á los principios la Compañía con sólo salir los mismos días de sus guerras al dicho campo en procesión con una doctrina, llevando delante por guión la santa cruz y dos de los nuestros cantando las oraciones, armas poderosas é